

Hans-Jörg Ronsdorf

Qué tiene que ver
la cruz con nosotros

Sencillo.
Esclarecedor.



¿POR QUÉ
TUVO QUE
MORIR
JESÚS?

¿Por qué tuvo que morir Jesús?

Lo que la cruz tiene que ver con nosotros

Hans-Jörg Ronsdorf

1.^a edición, octubre de 2026, Sulzberg

Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta: Christine Ronsdorf

Textos bíblicos citados libremente

Pedidos, preguntas, contacto: hj-ronsdorf@t-online.de

*Pero Dios muestra su amor por nosotros en que Cristo murió **POR NOSOTROS** cuando todavía éramos pecadores.*

Romanos 5:8

Este pequeño libro busca responder a una sola pregunta: ¿Por qué me ha de ayudar hoy a mí la muerte de un hombre hace dos mil años? Está escrito para lectores que tienen poco que ver con la iglesia. Paso a paso, con palabras sencillas.

Contenido

1 Una pregunta sencilla 6

2 Lo que no está bien en nosotros 8

3 Cómo es Dios de verdad 11

4 ¿Por qué sangre? 13

5 Lo que dijo Jesús mismo 15

6 Tres frases difíciles 17

7 Cómo nos salva su muerte 20

8 Por qué la Pascua forma parte de esto 23

9 La buena noticia 25

1 Una pregunta sencilla

Hace dos mil años ejecutaron a un hombre. Fuera de la ciudad, delante de las murallas. En un madero, en una cruz de madera. Ante espectadores curiosos, acostumbrados a la violencia. Así morían muchos en aquel tiempo. Los romanos mataron a miles. A muchos los crucificaron. Muertes sin sentido.

De este hombre los cristianos dicen hasta hoy una frase extraña. Que murió por nosotros. ¿Qué significa eso: por nosotros? ¿Qué tiene de distinto esta muerte?

Ha habido y hay personas que mueren por otras. Cuando solo así pueden salvarlas de la muerte. No se puede hacer nada más grande que entregarse uno mismo por otros. Para que ellos puedan vivir.

Antes, cuando no había vacunas, los niños se asfixiaban por la difteria. Una membrana espesa les cerraba la garganta. A veces solo una cosa ayudaba. El médico introducía un tubito y aspiraba la membrana con su propia boca. El niño volvía a respirar. Pero ahora el médico tenía la enfermedad dentro. Algunos murieron por ello.

El médico no solo ayudó. Tomó dentro de sí lo que estaba matando al niño. La enfermedad salió del niño y entró en el médico.

Justo aquí empieza la pregunta. Si Jesús murió por nosotros: ¿de qué nos salvó? Si aplicamos esta imagen, ¿cuál era la enfermedad y dónde estaba?

La mayoría de las personas no sienten ninguna enfermedad. Viven, trabajan, aman, hacen lo mejor que pueden. ¿Una enfermedad? ¿Dónde? Y aunque la hubiera, ¿por qué la iba a curar la muerte de un hombre hace dos mil años? Un hombre murió en Jerusalén. Yo vivo aquí.

¿Qué tiene que ver su cruz conmigo? No es una pregunta ingenua. Es la pregunta más importante que se le puede hacer al cristianismo. En este pequeño libro no quiero hacer otra cosa que intentar responder a esta única pregunta. Paso a paso. Primero: ¿De qué sufrimos? Después: ¿Quién es el que nos lo quita? Después: ¿Qué le pasa a él? Y por último: ¿Cómo llega eso hasta mí?

Uno de los primeros cristianos lo dijo una vez con más precisión. Escribió que Jesús llevó nuestra culpa en su propio cuerpo, allí en el madero, en la cruz.

Y que por sus heridas hemos sido sanados.¹

Recuerde tres palabras de esta frase:

Llevó. Cuerpo. Sanados.

Nos van a ocupar un poco.

1. 1 Pedro 2:24

2 Lo que no está bien en nosotros

No empiezo por Dios.

Se trata de nosotros.

Ninguno de nosotros pudo elegir quién lo engendró ni dónde nació. No decidimos en qué circunstancias nos puso la vida. Tampoco dónde estamos hoy lo decidimos casi nunca nosotros.

Ahora ya no se trata de una enfermedad del cuerpo, como la del niño del capítulo 1. Se trata de una enfermedad que no se puede tocar, y de cómo se siente: vacío, falta de sentido, sentimiento de culpa, quebranto, callejón sin salida, ataduras, desesperanza. Nadie quiere sentir nada de esto. Quien se detiene con sinceridad podría notar estos sentimientos u otros parecidos.

A menudo llegan en un momento de silencio. De noche, cuando usted no puede dormir. Junto a una tumba. O cuando alguien ya no le habla. Entonces hay algo que usted no puede apartar.

Toda persona tiene algo que ya no puede reparar. Una palabra que se dijo. Una puerta que se cerró de golpe. Alguien que murió antes de que ustedes se reconciliaran. Un engaño que nadie notó, pero que usted mismo nunca olvida.

Usted puede hacer muchas cosas. Puede reconocerlo. Puede pedir perdón. Puede reparar el daño, donde sea posible. Puede proponerse no volver a hacerlo nunca.

El reconocimiento llega demasiado tarde. La disculpa ya no alcanza al otro. El daño no se puede reparar, porque no hay dinero que lo pague. O porque simplemente no es posible. Y el buen propósito solo dura hasta la próxima vez.

Y aunque todo saliera bien, quedaría algo. La cosa ha sucedido. Está ahí, en el mundo. Ninguna reparación hace que no haya ocurrido.

Hasta aquí solo hemos mirado a nosotros, los seres humanos. ¿Y si Dios es nuestro Creador? No fuimos nosotros los que creamos el mundo. Tampoco las leyes de la naturaleza. Tampoco las reglas o las condiciones de cómo podemos tratar la culpa o de cómo librarnos de ella de verdad. Es el mundo de Dios, en el que hemos nacido. Aunque lo pensemos: las reglas no las ponemos nosotros.

Todo lo que he mencionado arriba lo podemos comparar con una enfermedad mortal. La Biblia tiene para ello una palabra corta: pecado.

La palabra pecado está gastada. Muchos solo oyen en ella sermones moralistas y el dedo levantado. Pero quiere decir algo muy cercano a la vida. La palabra que usa la Biblia significa literalmente: errar el blanco. Como una flecha que no da en el blanco.

Pecado quiere decir, entonces: No soy el que debería ser. Y he hecho lo que no debería haber sido. Las dos cosas van juntas. Se refiere a los hechos. Esos se pueden contar. Y se refiere a una parte de nuestro ser, de donde salen esos hechos. Esa no se puede contar. Pero todos la conocen. Usted se propone algo, y luego hace lo contrario. Como si fuera un poder que nos empuja. Desde dentro y también desde fuera.

Ahora viene una frase que cuesta escuchar. Vale para todos. También para mí.

La Biblia lo dice así: Todos han pecado y no están a la altura de la gloria de Dios.² Es decir: Nadie es ni llega a ser aquello para lo que Dios lo hizo en el principio.

No culpo a nadie, no acuso a nadie. Al final, cada persona se encuentra frente a sí misma. Huir de uno mismo termina algún día. Es mejor detenerse y ser sincero: ¿Hay ataduras, vacío, falta de sentido, culpa, soledad, quebranto, violencia, faltas? Son como la fiebre. Pero la fiebre no es la enfermedad. Muestra que hay una enfermedad, que algo no está bien.

Detrás está la enfermedad. No hace ruido. Actúa en silencio. Y no hay ningún escalón en el que usted se libre de ella. Porque la culpa no está solo en los demás o fuera de mí. Está dentro de mí. En mi vida, en mi historia, en lo que soy.

Un filósofo llamó una vez a nuestra conciencia una sala de tribunal. En ella hay tres voces: un fiscal, un defensor y un juez. Las tres hablan dentro de nosotros. El fiscal enumera lo que hemos hecho. El defensor busca excusas. Y el juez dicta una sentencia de la que no podemos escapar. Esta sala de tribunal nadie nos la tiene que explicar. La llevamos con nosotros a todas partes.

Por eso no basta con una simple palabra. Si alguien me dice: borrón y cuenta nueva, es amable. Pero no me convierte en otra persona. Y no hace que lo ocurrido no haya ocurrido. Ningún médico cura a un niño diciéndole: No es para tanto.

2. Romanos 3:23

Así que necesitamos dos cosas. Que se nos perdone. Y que lo que está dentro de nosotros salga y llegue a su fin. Una cosa sin la otra no sirve.

3 Cómo es Dios de verdad

No salimos de esta situación sin Dios. Nuestra existencia no se puede pensar sin Dios. Lo creamos o no.

Primero, un malentendido.

Casi todo el mundo tiene una imagen de Dios en la cabeza. También quien no cree. A menudo es la imagen de un vigilante severo. Uno que lo ve todo y no olvida nada. Algunos lo aprendieron así de niños: Dios lo ve todo. Eso no sonaba a consuelo. Sonaba a «¡cuidado!».

Si se aplica esto a la cruz de Jesús, suena así: Dios quiere castigo. Jesús se interpuso, para que el castigo cayera sobre él y no sobre nosotros. El Hijo aplacó al Padre enojado.

Muchos lo han oído así, también en las iglesias. Algunos se marcharon por eso. ¿Quién quiere confiar en un Dios que primero tiene que ver sangre antes de mostrarse amable?

Algo de esto es verdad. Dios ve lo que hacemos. Y no borra nada así sin más. Pero el resto no es cierto. Quien empieza con esta imagen, al final lo entiende todo mal. Esta imagen es una caricatura. Como mínimo, una simplificación.

¿Y si Dios es completamente distinto? Veamos quién da el primer paso en la Biblia. Nunca es el ser humano. Siempre es Dios. Busca a Adán en el jardín, después de que este se escondiera. Llama a Abraham. Saca a su pueblo de la esclavitud en Egipto, antes de darle siquiera un solo mandamiento. Y al final envía a su Hijo.

Una de las frases más conocidas de la Biblia lo dice así: Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo.³

No fue el Hijo quien le arrancó el amor al Padre. El Padre dio al Hijo porque amaba. Igual que el médico del capítulo 1 vino porque quería ayudar. No porque alguien lo hubiera convencido.

Entonces, ¿cómo trata Dios lo que hemos hecho a otros y, con ello, a él? Empecemos otra vez por nosotros. Imagínese que alguien le ha herido. Gravemente. Usted tiene dos posibilidades. Puede devolvérselo. O puede perdonar.

3. Juan 3:16

¿Qué significa perdonar? No significa que la herida haya desaparecido. Significa que usted mismo carga con el daño, en lugar de devolvérselo al otro. Quien perdona, paga. Siempre. Ese es el precio del perdón. Y no lo paga el culpable, sino el que perdona.

Esa es la experiencia entre las personas. ¿Y con Dios? En el Antiguo Testamento, la primera parte de la Biblia, dice a su pueblo:

*Me has cansado con tus pecados. Yo, yo soy el que borra tus rebeliones, por amor de mí mismo.*⁴

Las dos cosas están una junto a la otra. El pecado le cuesta esfuerzo a Dios. Él lo lleva. Y lo borra. No porque lo hayamos merecido. Sino porque él es así. No es el juez que acecha un error. Es el que ya lleva la carga, mucho antes de que notemos que se la hemos echado encima.

Pero esa es solo una mitad. Dios no hace como si no hubiera pasado nada. Un Dios que pasara por alto todo no sería un Dios bueno. Sería indiferente. Cuando a un niño se le hace una injusticia, esperamos que alguien se lo tome en serio. Dios se lo toma en serio. Todo. La injusticia que yo he cometido, tan en serio como la que me han hecho a mí.

Se trata de si Dios es justo al llevar y soportar el pecado, si es imparcial y coherente. ¿Pondrá todo en orden, lo pasado, lo presente y lo futuro? Eso afectaría a todos y a cada uno. ¿Podrá repararse alguna vez el daño causado por nuestro fracaso, por nuestro pecado? Algo inimaginable, que probablemente solo puede ocurrir por un milagro inimaginable.⁵

Todo esto junto nos lleva a la cruz. Un Dios que solo fuera severo no necesitaría ninguna cruz. Podría simplemente castigar y dar a cada uno su merecido. Un Dios que solo fuera blando tampoco necesitaría una. Podría mirar hacia otro lado. Eso sería igual de trágico. Pero Dios es las dos cosas. Se toma en serio la culpa. Y ama del todo al culpable. Un Dios así sigue un camino en el que las dos cosas siguen siendo verdad. Y no por eso está dividido por dentro. Él es el amor, y lo que hace es amor. Es un amor que es justo y santo.

La cruz es ese camino. Y es su camino. No el nuestro.

4. Isaías 43:24-25

5. Romanos 3:25-26

4 ¿Por qué sangre?

La cruz fue un asunto sangriento. Y no podemos evitar hablar de la sangre. Aunque suene extraño. Por lo menos en nuestras latitudes.

En la vida diaria, la sangre aparece pocas veces. Cuando nos herimos. En el médico, cuando nos sacan sangre. O cuando donamos sangre. Allí aprendemos algo que solemos olvidar: la sangre puede salvar vidas. La sangre de uno mantiene con vida a otro.

Quien va por primera vez a un culto, quizá oye un canto sobre la sangre de Jesús. Y se extraña. O siente asco. ¿Por qué el cristianismo no puede prescindir de la sangre? ¿Por qué no basta una palabra de perdón?

Empecemos otra vez por nosotros. Un niño pequeño pinta con rotuladores sobre el mantel blanco de su madre. Ella entra y lo ve. Y le perdona. Enseguida, sin reproches. Pero el mantel sigue lleno de colores. El perdón no lo deja limpio. Alguien tiene que lavarlo. Y el que lo lava no es el niño.

Esa es la diferencia entre el perdón y la limpieza. El perdón dice: No te lo tengo en cuenta. La limpieza dice: Ya no está. Necesitamos las dos cosas. En el capítulo 2 vimos que el pecado está dentro de nosotros, como una enfermedad. Por eso no solo necesitamos a alguien que diga: borrón y cuenta nueva. Necesitamos a alguien que sane.

¿Y con Dios? Se lo enseñó a su pueblo Israel mucho antes de Jesús. En un lenguaje que nos resulta extraño. Entonces lo entendía todo el mundo. Es el lenguaje de los sacrificios.

Un israelita que había cargado con una culpa llevaba un animal al santuario, el lugar donde Dios habitaba. Ponía la mano sobre la cabeza del animal. Eso quería decir: Este animal está ahora en mi lugar. Después lo degollaban. El sacerdote tomaba la sangre y la llevaba al altar. La sangre era lo principal. No el matar. La sangre.

¿Por qué? Porque en la Biblia la sangre representa la vida. En la ley de Moisés, Dios dice:

La vida está en la sangre, y yo se la he dado a ustedes sobre el altar, para que los cubra.⁶

6. Levítico 17:11

En esta frase hay mucho. Dios da la sangre. No la exige como un acreedor exige su dinero. La da, como un médico da una medicina. Y lo que hace la sangre se llama: cubrir. Se pone sobre la culpa. Y al mismo tiempo la quita.

¿Qué dice este lenguaje extraño? Tres cosas:

La culpa es seria.

Cuesta una vida.

Y esa vida la da Dios.

Pero los animales solo eran una imagen. Una oveja no sabe por qué muere. No puede cargar con nada, porque no entiende nada. La Biblia misma dice que la sangre de los animales no puede quitar la culpa.⁷ Era una especie de lección. Con ella, Dios anunciaba lo que un día haría de verdad.

Y entonces lo hizo. No con un animal. Con un ser humano que sabía lo que hacía. Que lo quería. Él, que era el propio Hijo de Dios. Aquí Dios no tomó sangre ajena. Dio la suya propia.

Por eso, sangre. No porque Dios quiera ver sangre. Sino porque la culpa cuesta una vida. Y porque Dios decidió que fuera la suya. El Padre y el Hijo son perfectamente uno en este acto.

7. Hebreos 10:4

5 Lo que dijo Jesús mismo

¿Y Jesús mismo? ¿Sabía lo que le esperaba?

Cuando una persona muere joven, los que quedan a menudo preguntan: ¿Lo presentía? ¿Dijo algo que solo ahora entendemos? A veces se encuentra una carta. O uno se acuerda de una frase a la que entonces no prestó atención.

En el caso de Jesús, es fácil sospechar otra cosa: que a su muerte se le dio un sentido solo después. Un predicador fue demasiado lejos. Los poderosos lo quitaron de en medio. Y después sus amigos buscaron un sentido a esa muerte sin sentido. Eso pasa. Las personas lo hacen cuando están de luto.

Los relatos dicen otra cosa. Jesús habló de su muerte antes de que llegara. Varias veces. Y él mismo le dio justamente ese sentido de redención.

Tres veces dijo a sus amigos que iría a Jerusalén y que allí tendría que morir. Tendría que. No querían oírlo. Pedro, uno de ellos, le llevó la contraria con fuerza. Jesús no cambió de idea.

Una vez se llamó a sí mismo médico. Le reprochaban que se sentara a la mesa con los odiados cobradores de impuestos y con otra gente de mala fama. Él respondió:

*No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos.*⁸

Sabía a quiénes había venido. Y dijo también para qué:

*El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.*⁹

Hijo del Hombre: así se llamaba Jesús a sí mismo. Rescate es el dinero con el que se compra la libertad de un prisionero. De la cárcel, de la esclavitud. De una vida llena de deudas. Jesús dice: Mi vida es el precio. Y ustedes son los que quedan libres.

La última noche comió con sus amigos la cena de la Pascua judía. En esta fiesta, Israel recuerda hasta hoy la liberación de Egipto. Tomó pan, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, por ustedes. Tomó la copa de vino y dijo: Esta es mi sangre, derramada por muchos, para el perdón de los pecados.¹⁰

8. Marcos 2:17

9. Marcos 10:45

10. Lucas 22:19; Mateo 26:28

No lo entendieron. Solo más tarde. Pero él lo dijo antes de que sucediera. Sabía que iba a morir. Sabía por quién. Y sabía para qué.

Luego llegó la noche en el huerto de Getsemaní, al pie del monte de los Olivos. Allí vemos lo que le costó. Llevó consigo a tres de sus amigos. Les dijo que estaba triste hasta la muerte. Luego se echó en tierra y oró:

*Padre, todo es posible para ti. Aparta de mí esta copa. Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.*¹¹

La copa es una imagen antigua. En los profetas de Israel, la copa es lo que Dios da a beber a una persona. Su parte. Su destino. A veces es bendición. A veces es lo más duro que se le puede asignar a una persona. Jesús vio lo que había en su copa. Pidió que pasara de él. Y después la bebió.

Así que no tropezó con su muerte sin darse cuenta. Vio lo que venía. Pidió ser librado. Y aun así fue. Volveremos a esto en el capítulo 7.

En la cruz, poco antes de morir, dijo una palabra más. En griego es una sola palabra. En alemán hacen falta tres (*Es ist vollbracht*); en español, dos: Consumado es.¹² No significa: Se acabó. Sino: Está hecho. La misión está cumplida.

11. Marcos 14:34-36

12. Juan 19:30

6 Tres frases difíciles

Ahora se pone difícil.

Tres frases que tiene que leer despacio.

Usted conoce frases que hay que leer dos veces. Un informe del médico. Una carta de la administración. Las lee, las deja a un lado y las vuelve a leer. Porque depende mucho de ellas.

También hay frases así sobre la muerte de Jesús. Los primeros cristianos la resumieron en pocas frases. Tres de ellas son especialmente difíciles. Difíciles porque llevan mucho peso. Y difíciles porque es fácil entenderlas mal.

La primera frase: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras.¹³

Es la frase más antigua que tenemos sobre la cruz. Pablo la escribe hacia el año 55 a los cristianos de Corinto. Y añade que él mismo ya la había recibido de los que eran cristianos antes que él. La frase viene, por tanto, de los primeros años después de la cruz. Nadie se la inventó generaciones más tarde.

Por nuestros pecados. No: por culpa de sus enemigos. No: como ejemplo para nosotros. Sino: *por nuestros pecados*. Su muerte tiene que ver con lo que vimos en el capítulo 2. Con la enfermedad que está dentro de nosotros. Con lo que ya no podemos reparar.

Conforme a las Escrituras. Esto quiere decir: así estaba ya escrito antes en la Biblia de Israel. Los primeros cristianos no inventaron la cruz de nuevo. La volvieron a encontrar allí. Con más claridad en un canto que ya tenía siglos de antigüedad. Habla de un siervo de Dios que es despreciado, que sufre, que muere. Y dice:

*Él llevó nuestras enfermedades. Fue herido por nuestras rebeliones. El SEÑOR cargó en él el pecado de todos nosotros.*¹⁴

La palabra que aparece aquí significa de verdad enfermedad. Es la «enfermedad del pecado». El profeta ve a alguien que toma dentro de sí aquello de lo que los demás están enfermos. Como el médico junto a la cama del niño.

13. 1 Corintios 15:3

14. Isaías 53:4-6

Las historias de liberación de la Biblia de Israel apuntan hacia la cruz. Lo que allí le sucedió a un pueblo, sucede aquí para todos los seres humanos.

La segunda frase: Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él.¹⁵

Es la más difícil de las tres. Tiene que leerla trozo a trozo.

Al que no conoció pecado: Jesús no tenía culpa propia y nunca hizo causa común con la injusticia. *Lo hizo pecado:* Dios lo puso en el lugar al que pertenece el pecado. Lo hizo uno con lo que nosotros somos. No: lo convirtió en pecador. Sino: le entregó nuestra causa, entera. Y luego la meta: *para que llegáramos a ser justicia de Dios.* En él.

Justicia aquí no quiere decir: no tener ningún fallo. Quiere decir: estar en paz con Dios. Volver a pertenecerle.

Es un intercambio. Él recibe lo nuestro. Nosotros recibimos lo suyo. Pero no es un intercambio como en el mercado, donde dos extraños se pasan cosas de un lado a otro. Es un intercambio en él. Somos incluidos. En su muerte en la cruz. Y en su vida de resucitado.

Una vez Pablo escribe una carta corta a un amigo. A ese amigo se le ha escapado un esclavo. Se llama Onésimo. Quizá se llevó algo. Pablo lo ha conocido y lo envía de vuelta. Y escribe: Si te debe algo, ponlo a mi cuenta. Yo lo pagaré.¹⁶ Aquí nadie piensa en un castigo. Uno responde por otro. Así habla la Biblia también de Jesús.

La tercera frase: Él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.¹⁷

Esta frase ya la conoce del capítulo 1. Nombra el lugar. En su cuerpo. Sobre el madero, la cruz. No en el pensamiento, no en algún lugar del cielo. En un día concreto, en un madero concreto, en un cuerpo que podía sangrar.

Y nombra lo que hizo: llevó. A esto se añade otra imagen del lenguaje de los sacrificios. Una vez al año, en el gran Día de la Expiación, el sacerdote ponía las dos manos sobre la cabeza de un macho cabrío vivo. Pronunciaba sobre él toda la culpa del pueblo. Después llevaban el macho cabrío al desierto. Se llevaba la culpa lejos. A un lugar del que ya no volvía.¹⁸

15. 2 Corintios 5:21

16. Filemón 18-19

17. 1 Pedro 2:24

18. Levítico 16:21-22

Esta misma palabra aparece también en la tercera frase: llevó. Se la llevó lejos. Jesús es como el macho cabrío que saca la culpa fuera. Y al mismo tiempo es el sacrificio cuya sangre limpia. Las dos cosas en una sola persona.

La frase sigue: para que nosotros, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. No dice: para que nos sintamos mejor. Dice: para que vivamos de otra manera. La muerte de Jesús no es solo algo que sucedió por nosotros. Por medio de ella también debe suceder algo con nosotros y en nosotros.

Y luego viene la frase que ya conocemos: Por sus heridas ustedes han sido sanados. Su muerte es nuestra vida.

7 Cómo nos salva su muerte

Ahora viene una respuesta. O por lo menos el intento de una respuesta.

Quien ha perdido a un ser querido pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué él? ¿Por qué así? Casi nunca hay respuesta. La muerte sigue sin tener sentido.

Con Jesús preguntamos de otra manera. No solo: ¿Por qué murió? Sino: ¿Qué sucedió en su muerte? Es la tercera pregunta del capítulo 1. Intento acercarme a ella en cinco pasos.

Primero: Lo tomó sobre sí.

Jesús no tuvo un accidente. Entró en ello. Sabía lo que le esperaba en Jerusalén. Y fue. La noche antes de su muerte oró para que pasara de él. Luego dijo: No lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.¹⁹

Lo que vino después lo hicieron seres humanos. La traición de un amigo. Una sentencia que estaba decidida desde el principio. Golpes, burlas, la ejecución. Ningún rayo del cielo. Manos humanas. Y, sin embargo, la Biblia dice: Precisamente ese era el camino de Dios. Dios entregó a su Hijo.²⁰ Las dos cosas son verdad. Lo hicieron seres humanos. Dios lo permitió porque así lo quería. Porque así tenía que ocurrir el milagro inimaginable del que habló el capítulo 3.

Lo que Jesús sufrió allí es lo que pasa cuando un mundo sin Dios sigue su curso. La semilla brota. Mentira, injusticia, violencia, muerte. Esa es la cosecha de la culpa y del pecado. Él la recogió en su propio cuerpo. No era su cosecha. Era la nuestra.

Segundo: Pudo llevarlo porque no era suyo.

Aquí ayuda la imagen del médico del capítulo 1. ¿Por qué pudo quitarle la enfermedad al niño? Porque él no la tenía. Vino sano, desde fuera. Un médico que se está asfixiando no puede devolverle el aire a ningún niño.

Así también aquí. Jesús no tenía culpa propia. Ninguna palabra que tuviera que retirar. Ninguna puerta que hubiera cerrado de golpe. Por eso pudo llevar la nuestra. El justo por los injustos.²¹ Él lleva. Asume nuestra culpa. Se pone del

19. Marcos 14:36

20. Romanos 8:32; Hechos 2:23

21. 1 Pedro 3:18

todo del lado de los pecadores. Eso sucede en la cruz. ¿Qué le hizo eso a él en esas horas?

Tercero: Lo llevó consigo a su muerte.

¿Por qué tenía que ser una muerte?

Recuerde el capítulo 2. El pecado no está solo en los demás o fuera de mí. Está dentro de mí. En mi vida. El pecado, esta enfermedad mortal que está dentro de una vida, solo llega a su fin cuando esa vida termina. Por eso no se puede perdonar sin más, como se perdona una factura. Una factura se puede romper. Una vida no.

Jesús tomó nuestro pecado en su vida. Como el médico, la enfermedad del niño. Y entregó esa vida a la muerte. La culpa y nuestra enfermedad fueron con él al lugar al que pertenecen. Igual que el macho cabrío llevaba los pecados al desierto, a la tierra de la muerte. Allí se quedaron.

La Biblia lo dice con esta frase dura:

*Dios condenó (y juzgó) al pecado en la carne de su Hijo.*²²

No al Hijo. Al pecado. Recibió su sentencia en el lugar adonde él lo había llevado. Esta es la respuesta a la pregunta del capítulo 3. Dios no mira hacia otro lado. Juzga el pecado. Y salva al pecador. Así su muerte por nosotros se convierte en la puerta a la vida.

¿Y la sangre? En la Biblia, la sangre representa la vida que se entrega. No la crueldad. Dice: Doy mi vida por ustedes.

La paga y la consecuencia del pecado es la muerte. El Autor de la vida muere en nuestro lugar para salvarnos de la muerte duradera, eterna.

Cuarto: La muerte no pudo retenerlo.

Aquí termina la imagen del médico. El médico murió por la enfermedad, y ahí quedó todo. Con Jesús no quedó ahí. Él mismo era perfectamente bueno y justo. Una muerte en la que termina el pecado de otros no tiene ningún derecho ni ningún motivo para retenerlo. Tres días después, la tumba estaba vacía. Sin eso, todo lo demás sería un bonito ejemplo. Con eso, es una salvación. De eso trata el próximo capítulo.

Quinto: Su muerte cuenta como la nuestra.

Ahora viene el paso que lo convierte en algo mío. La Biblia no dice solo: Él murió por nosotros. Dice: Hemos muerto con él.²³ No es una frase piadosa.

22. Romanos 8:3

23. Romanos 6:4; 2 Corintios 5:14

Quiere decir: Lo que terminó en su muerte fue mi ser enfermo y pecador. La persona que yo era murió allí en la cruz y fue puesta con él en la tumba. Y lo que salió de su tumba es el comienzo de lo que yo he de llegar a ser. Lo viejo pasó, ha llegado lo nuevo.²⁴

Por eso a esta muerte le pertenece una palabra pequeña que no se puede saltar: con. No solo por nosotros. Con él. Quien se aferra a él es llevado con él. Dentro de su muerte, donde se quedan la culpa y el pecado. Y fuera, a su vida, donde ya no están.

Cómo puede suceder esta unión, en un acontecimiento de hace 2000 años, no lo puedo decir. También aquí vale: es el camino y la solución de Dios.

Lo que esto significa.

Piense en lo que usted ya no puede reparar. No se lo recuerdo para que se sienta mal. No ha dejado de haber ocurrido. Nadie dice eso. Pero ha sido llevado lejos. Por uno que podía llevarlo. A un lugar del que nunca más vuelve.

¿Y usted?

Usted ya no es aquel en quien eso está. Ha pasado con él por la muerte. No es un sentimiento. Es un hecho que Dios ha establecido. Usted puede apoyarse en esta verdad de Dios.

¿Queda un resto que no puedo explicar? Sí. Cómo una vida puede llevarse consigo otras vidas, a través de la muerte, sigue siendo un misterio. Lo que significó para Jesús en lo más hondo, también. Pero es un misterio con una fecha, un lugar y una tumba vacía.

En este punto solo puedo decir: ¡Gracias, Jesús, gracias!

24. 2 Corintios 5:17

8 Por qué la Pascua forma parte de esto

El viernes murió.

El domingo la tumba estaba vacía.

Quien ha estado junto a una tumba conoce ese sentimiento. Aquí algo ha terminado. Para siempre. Se pueden llevar flores y encender velas. Pero la muerte tiene la última palabra. Por lo menos, eso parece.

Imagínese que la historia de Jesús hubiera terminado el viernes. Un hombre bueno, ejecutado. Sus amigos escondidos, con miedo de ser los siguientes. Su tumba cerrada con una piedra pesada y vigilada.

Entonces tendríamos un ejemplo conmovedor. Uno que murió por sus convicciones. Uno que, todavía en la cruz, oró por sus verdugos. Se le podría admirar. Se podría intentar imitarlo. Pero nadie quedaría salvado. Sería como el médico del capítulo 1: tomó la enfermedad sobre sí, y la enfermedad lo mató.

Pablo lo dice sin rodeos:

*Si Cristo no ha resucitado, todavía están ustedes en sus pecados.*²⁵

Todavía en sus pecados. Entonces la tumba no sería el lugar donde se quedó la culpa. Sería solo el lugar donde también se quedó él. Entonces todo lo que está en este libro no valdría nada.

Los primeros cristianos afirman algo inaudito. Que no se quedó muerto. Que al tercer día la tumba estaba vacía. Unas mujeres la encontraron así, de madrugada. Y que se encontró con sus amigos. No como un espíritu. Como alguien que come con ellos y cuyas heridas se pueden tocar.

¿Y si es verdad? Entonces, para nuestra pregunta, significa por lo menos tres cosas.

Primero: Dios dijo sí. Sí a lo que sucedió el viernes. Si Dios lo resucita, entonces su muerte no fue una desgracia que Dios arregló después. Entonces todo era el camino, y Dios lo confirmó. Una frase antigua dice las dos cosas de un tirón: Fue entregado por nuestras faltas y resucitado para que estemos ante Dios como justos.²⁶ La muerte quita la culpa. La resurrección dice: Esto vale para siempre.

25. 1 Corintios 15:17

26. Romanos 4:25

Segundo: La culpa se quedó en la tumba. Él no. Esa es la señal de que la culpa ya no existe. Si todavía quedara algo pendiente, la muerte habría tenido derecho a quedarse con él.

Una breve aclaración: «La culpa se quedó en la tumba» es una imagen. Quiere decir: está resuelta, quitada, ya no está.

Tercero: Él vive. El que murió por nosotros no es pasado. Está aquí. Hoy. Para siempre. Se fue a Dios, con un cuerpo de resurrección humano e inmortal. De allí volverá.

Por cierto, la historia de la difteria continuó. A finales del siglo XIX se encontró un remedio. Se obtenía de la sangre de caballos. Se les había dado el veneno de la enfermedad, primero poco, luego más. Lo habían superado. Y en su sangre estaba ahora lo que salvaba a los niños. Así sobrevivieron miles de niños.

Toda imagen cojea, también esta. Pero muestra algo. Quien ha pasado la enfermedad y la ha vencido, su vida puede sanar a otros. Jesús tomó en sí la enfermedad del mundo y venció a la muerte. Su vida es ahora para nosotros. La Biblia dice:

*Seremos salvados por su vida.*²⁷

El mal todavía está ahí. La enfermedad también, y la muerte. Pero el remedio se ha encontrado. Su final es seguro.

27. Romanos 5:10

9 La buena noticia

¿Y yo?

¿Qué gano yo con esto?

Usted ha leído este libro hasta aquí. Quizá con curiosidad. Quizá con dudas. Quizá con las dos cosas. Esta es la última pregunta del capítulo 1: ¿Cómo llega eso hasta mí? Un hombre murió y resucitó hace dos mil años. ¿Qué tengo yo que ver con eso?

Nada, mientras yo solo mire. Todo, en cuanto me confíe a él.

Imagínese a un hombre que está gravemente enfermo y que, al mismo tiempo, está acusado ante un tribunal. Le faltan dos cosas: la absolución y la salud. Se le puede absolver, y sigue enfermo. Se le puede curar, y sigue acusado. Necesita las dos cosas.

Así es nuestra situación. Lo vimos en el capítulo 2. Necesitamos perdón. Y necesitamos que termine la enfermedad que está dentro de nosotros. La cruz, o mejor dicho, el Crucificado, regala las dos cosas. Pero no como una máquina en la que se echa una moneda. Las da como un médico que se acerca a la cama. Hace falta un encuentro.

¿Qué tiene que hacer el enfermo? Piense en el niño del capítulo 1. No podía hacer nada, salvo quedarse quieto y dejar hacer al médico. No tenía que entender lo que hacía el médico. Solo tenía que dejarle.

La Biblia tiene una palabra para esto: creer. La palabra está gastada. Muchos oyen en ella: dar por cierto algo que no se puede demostrar. Pero quiere decir otra cosa. Creer significa: fiarse de él. Confiarse a alguien que puede ayudar. Usted no tiene que entenderlo todo. Solo, y ante todo, esto: Él es el que perdona, sana y salva. Usted tiene que dejar que se le acerque. Abrirse a él y dejarle entrar.

¿Y qué pasa entonces? Una frase lo dice así:

*Ahora que hemos sido declarados justos por la fe, tenemos paz con Dios.*²⁸

Declarados justos: esa es la absolución. Y paz. No un alto el fuego, en el que cada uno espera a ver si el otro vuelve a empezar. Paz. El asunto está resuelto.

28. Romanos 5:1

No porque yo lo haya resuelto. Sino porque él lo llevó en su cuerpo sobre el madero.

Hay tres cosas que van con esto. No es una presión. Es una invitación.

Volverse. No quiere decir: primero hacerse bueno y luego venir. Quiere decir: cambiar de dirección. Dejar de querer curarse uno mismo. Admitir que no se puede. Volverse es lo que con una palabra antigua se llama arrepentimiento.

Bautizarse. El bautismo es una señal que sucede con todo el cuerpo. A uno lo sumergen en el agua y vuelve a salir. La Biblia dice: Hemos sido sepultados con él.²⁹ La persona que yo era es puesta allí donde se quedó la culpa. Y el que sale pertenece al que vive. Con el bautismo uno declara que pertenece a un nuevo Señor, al Rey Jesús.

Formar parte. Nadie recorre este camino solo. Quien pertenece a Jesús pertenece a una comunidad con muchos otros. Usted necesita a los demás. Y los demás le necesitan a usted.

Y ahora, el final. No es un final, es un comienzo. La frase con la que empezó todo decía: Murió por nosotros. Ahora usted sabe lo que los cristianos quieren decir con eso. Tomó en sí nuestra culpa, porque no era suya. La llevó en su cuerpo a su muerte. Nos llevó con él dentro y nos sacó con él fuera. Y vive.

Hay cosas que usted ya no puede reparar. Eso sigue siendo verdad. Pero hay uno que las llevó. Esa es la buena noticia. La Biblia la llama evangelio. Yo creo: es verdad. Y es para usted.

29. Romanos 6:4



Un hombre es ejecutado, hace dos mil años. Más tarde sus amigos dicen: Fue por nosotros.

¿Qué quiere decir eso? ¿Puede alguien morir por otros? ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Este libro sigue esta pregunta hasta el final. Dice lo que no está bien en nosotros, cómo es Dios de verdad y por qué una muerte puede cambiar algo.

La cruz es más que un símbolo. Es la salida hacia la vida eterna.

Para todos los que de verdad quieren saberlo.